

Alicia Escardó Végh

Ojos bien abiertos

Agustina vigila a su hijo, que pedalea incansable en el triciclo rojo. No le saca la vista de encima, porque hay mucha gente en la rambla. Es una tarde de domingo, de sol y viento. Por la senda ancha circulan bicicletas recién compradas con adolescentes veloces, novios con chicas doradas y perros lanudos con veteranas. El niño descubre un puesto colorido y se para a verlo. Una cuerda, tendida entre dos palos altos, sostiene cometas con flecos brillantes, que tiemblan sacudidas por el viento. Como movidas por un capricho exagerado, teñido de todos los colores, se unen o separan según de dónde soplan las ráfagas de ese setiembre con ganas de no quedarse quieto.

—Mamá, dale, comprame una cometa— ruega Pablo. Pone la cara que siempre le da resultado, la del cuello un poco de costado, la boca fruncida y los ojos pedigüeños.

—No, vinimos a pasear y no a comprar— contesta Agustina, con severidad de madre que cree saber cómo se ponen los límites.

Pero Pablito sigue ahí, hipnotizado por las serpientes que silban y se enroscan. Si su hijo hubiera llorado o intentado un principio de rabieta, se dice Agustina, ella hubiera seguido de largo. Pero él se queda en silencio, y las mira fascinado. En cinco segundos, se derrite el rigor que tantas veces intenta rescatar del fondo de la mochila con las obligaciones de madre sola. La ternura que le da verlo tan atraído por el baile de colores la invade.

—¿Cuál te gusta más?—le pregunta, vencida.

Ella habría elegido la azul, fina y elegante, con cintura de avispa. Pero Pablo prefiere una con forma de hexágono, rotunda y fuerte como una almacenera. Es verde, amarilla y naranja, con flecos y una cola de cintas largas. El niño mira a su madre con adoración cuando la paga y se la llevan. Agustina disfruta de ese momento en que es la heroína que todo lo puede. Su hijo ni siquiera le pregunta si sabe remontarla, lo da por hecho. En realidad, ella no tiene ni idea. Mientras se pregunta cuál será el mejor lugar, mira con disimulo cómo lo hace un veterano gordo rodeado por dos

niñas, que levanta una cometa tan redondeada como ellas.

Deduce que solamente hay que tirarla hacia arriba y tironear cada tanto, así que desde un rincón protegido por una roca grande, la lanza con toda la fuerza que puede. La cometa se ladea y acaba en el piso. Agustina lo repite varias veces, con el mismo resultado. El hexágono está cerca

de convertirse en un círculo derrotado. El problema parece ser la primera parte del asunto. No hay nadie que esté en esa etapa, así que no tiene a quien espiar para ver cómo se hace.

Los ojos de Pablo empiezan a dudar. Ve que todos los demás tienen la mirada alta y dan tirones suaves. Mueven las manos como si fueran directores de orquesta y las cometas patinan, armoniosas y obedientes, sobre el azul. Luego mira la suya, abollada y con polvo, y pregunta:

—¿Estás segura de que sabés?

—Claro. Lo que pasa es que éste no es un buen lugar. El viento está soplando de costado. Vamos a buscar otro —lo agarra de la mano para cambiar de sitio. La esperanza renace cuando queda claro que ése es el problema. Dejan atrás a la cometa redonda. Agustina les echa una última mirada y dibuja la escena: seguramente en casa hay una mujer que espera a las niñas y les prepara cocoa y pan con manteca, y al gordo le servirá un whisky con mucho hielo. Pablo le tira del saco y ella se da cuenta de que casi se olvidan del triciclo, solo como un perro abandonado.

Caminan unos cinco minutos hasta encontrar una zona de pasto, donde hay menos gente. Ella simula buscar el lugar ideal con ojo experto, pero en realidad está pendiente de una pareja de adolescentes que acaba de llegar. Los mira cuando el muchacho empieza a remontar un artefacto sofisticado que parece un boomerang, con dos manijas para dirigirlo. La cometa se pierde en lo alto y la chica mira al novio como si fuera un medalla de oro que sube al podio. Agustina



se siente un poco ridícula con su cometa mínima y la sensación de no poder ni siquiera con eso. De a dos, algunas cosas son más fáciles. Tiene miedo de no conseguirlo, de no saber cómo encarar tantas expectativas, de que algún día Pablo descubra que su madre tiene demasiadas inseguridades y dudas. Que se dé cuenta de que todo en

su vida ha sido gris y anodino y que lo único valioso de verdad es ese niño que está pendiente de tan pocas habilidades. Pero sabe que él todavía cree, así que tiene que aprovechar el tiempo que le queda antes de que ocurra.

Suspira, se para bien firme, y prepara la cometa. La mirada de Pablo confía de nuevo. Ella junta fuerza, la tira para arriba y sacude con suavidad el hilo.

—¡Sí, dale! ¡Así, bien arriba, hasta lo más lejos! —grita Pablo.

La cometa reacciona y responde, al principio como si pidiera permiso. Amenaza con caerse pero dos tirones a tiempo no la dejan. Agustina corre unos metros, como vio que hicieron los del boomerang. Pablo va atrás, a las risas.

El ascenso es imparable, cada vez más, es grandioso. Ellos son los únicos testigos de esta maravilla. Se detienen de a poco, y levantan la cabeza al mismo tiempo. Los dos pares de ojos son tan parecidos ahora, unos con todo el camino por delante, los otros más apagados aunque todavía capaces de vibrar. Cuando la cometa llega a ser la más alta, se quedan mirándola. Ha salido a bailar la más tímida y lo hace mejor que la hermosa.

Ya habrá tiempo de descubrir todo. O quizá nunca llegue ese momento. No importa. Aquel domingo en la rambla, remontaron juntos una cometa.

Alicia Escardó Végh
aescardo@gmail.com